

GUY DE MAUPASSANT

El
Horla



«El Horla» es como un río que sólo corre de noche, porque el hombre siempre ha identificado a la muerte y a sus miedos con la noche, es la noche la que trae, con sus sombras y el sueño, su densa zozobra, su imprecisa, pero palpable amenaza. También trae su intolerable inquietud de otra belleza, de otros mundos, de otra percepción más afinada que la nuestra.

Maupassant

por Griselda Gambaro

UN POCO DE HISTORIA

(Henri-René-Albert) Guy de Maupassant nació en el castillo de Miromesnil, a 8 kilómetros de Dieppe, el 5 de agosto de 1850. Su padre, Gustave de Maupassant, encantador y libertino, no estaba desprovisto de talento, pero jamás lo usó, salvo para seducir. Su madre, Laure de Maupassant, amiga de la infancia de Flaubert, era una mujer sensible y cultivada, orgullosa de la nobleza adquirida por matrimonio, ya que los Maupassant fueron comerciantes ennoblecidos por Francisco III, a principios del siglo XVIII.

Desde sus primeros años, Maupassant asiste a reyertas continuas, suscitadas por los desvíos sentimentales del padre, hasta que se produce la ruptura de la pareja cuando Guy cuenta 12 años de edad. Queda al cuidado de la madre, quien influye grandemente en el futuro escritor, como él mismo lo reconocerá más tarde. La ruptura no provoca en el joven Guy resentimientos presentes ni futuros hacia el padre; se transforma en el mentor, en el que aconseja y guía, actitud que mantiene también hacia su hermano Hervé, nacido en 1856, una criatura violenta, no demasiado inteligente, sobre quien Guy vela toda la vida, cuidados que hace extensivos a la mujer y a la hija, y prolonga cuando Hervé es internado, con signos incontrastables de desarreglo mental, en un hospital psiquiátrico donde muere en 1889, murmurando en un instante último de lucidez el nombre querido del hermano: «¡Guy, mi Guy!». Pero antes, en el momento mismo de su internación, había lanzado Hervé esta acusación escalofriante: «¡Tú eres el loco!», frase que

Maupassant recuerda como una premonición inexorable cuando observa con el tiempo los primeros signos de su propia locura.

El marco familiar de Guy de Maupassant puede explicar muchos aspectos de su carácter y, por supuesto, también de su obra. Como reflexionará Maupassant, ya adulto, las reyertas feroces entre sus padres, que llegaban a la agresión física, fueron el origen de su profundo pesimismo. Más tarde, dos experiencias terminan de completar ese primer ciclo que se cierra con el inicio de la juventud, ambas lo marcan de manera fundamental: su encuentro con el poeta A.-C. Swinburne y su amigo Powell, y el tiempo pasado en el instituto eclesiástico de Ivetot.

Durante sus vacaciones en Etretat, Maupassant, que cuenta 14 años, se arroja al agua una mañana para salvar a un borracho: Swinburne. Como consecuencia, es invitado a la extraña casa que Swinburne, flaco y agitado por un temblor continuo, comparte con su obeso amigo Powell y un gran mono, cuyo olor fétido envenena el aire. Casa macabra y morbosa, llamada sugestivamente «Dolmancé», como el personaje de Sade, sobre la que corren siniestros rumores de prácticas con niños y animales. Los dos amigos instruyen al joven Maupassant, le muestran libros con ilustraciones de una compleja obscenidad, le sirven licores fuertes en su primera visita y, en la segunda, un filtro que lo atonta. Maupassant tiene el tino de no regresar a esa casa, pero dos lecciones, dado el poder y la entrega de los maestros, serán suficientes. Maupassant guardará toda su vida el recuerdo de las imágenes y de los preceptos, y adecuará la enseñanza a sus propios apetitos. Conservará incluso un recuerdo material obtenido en una de sus visitas: una mano momificada, carroña que observará constantemente, que será objeto de sus reflexiones y que le servirá de tema para dos cuentos: «La mano» y «La mano disecada».

Los cuatro años en el instituto eclesiástico de Ivetot, si bien le proporcionan una sólida educación, alteran su ca-

rácter; el encierro, la mala alimentación, la suciedad personal, la hipocresía imperante, lo llevan a tales estados depresivos que su madre decide finalmente, cuando Guy tiene 17 años, arrancarlo del instituto clerical y anotarlo como interno en el Liceo de Rouen, donde entra en estrecho contacto, los días de salida, con Louis Bouilhet (1822-1869). Bouilhet, amigo de Flaubert, goza de discreta fama como dramaturgo y poeta. Él conoce los primeros trabajos de poesía de Maupassant, y le otorga una ayuda inteligente que alterna el conocimiento y la exigencia con el más franco estímulo.

Recibido de bachiller en letras, Maupassant se traslada a París, donde piensa obtener la licenciatura en derecho. Allí lo sorprende la guerra de 1870, que él hace en los servicios de intendencia. No obstante, la padece y observa agudamente sus desastres como para adquirir desde entonces una repulsión infinita por la guerra y los guerreros, y por todo tipo de nacionalismo.

Su inclinación por la literatura es firme, y sabiendo que ser escritor significa tener un segundo oficio para subsistir, comienza a trabajar en el Ministerio de Marina, donde permanece desde 1872 hasta 1878, y luego en el Ministerio de Instrucción Pública, entre 1878 y 1880. Del vía crucis de tan larga burocracia, Maupassant ha dejado amplia información en su Diario. Trabajos maquinales, rutina, aburrimiento mortal, mezquindades. Para huir del tedio y para satisfacer una sexualidad particular, cuyo signo es la avidez inagotable, Maupassant, gran amigo del agua, de la navegación a vela, del remo, se relaciona con el mundo de las orillas del Sena, principalmente con sus mujeres, «queridas de una tripulación y no de un solo amante», aunque no ignora que su frecuentación lo expone a riesgos seguros de enfermedad, asiste y participa activamente de las rústicas orgías, organiza una sociedad secreta, la de los «Crépitiers», donde se encuentra a sus anchas porque practican, él y sus compañeros, el humor brutal, las competencias fálicas, los excesos

sexuales y el sacrilegio. Pero su frecuentación del mundo de las mujeres del Sena le proporcionará material para su escritura, todo lo que vive, lo que le cuentan, lo que observa, lo guardará en su prodigiosa memoria.

A pesar del trabajo burocrático y de sus excesos, Maupassant lleva a cabo un concienzudo aprendizaje. Para esto, tiene al mejor maestro: Flaubert. Impensable es Maupassant sin Flaubert. Flaubert, que como buen misántropo se revela capaz de las muestras de generosidad y amistad más absolutas, es el soporte que permite a Maupassant lanzarse fructíficamente a la aventura de escribir. De la sabiduría de los consejos de Flaubert, de su exigencia de rigor, de su sagacidad en no imponer a Maupassant su propia visión sino en descubrirle la que le pertenece, Maupassant extrae el mejor provecho. Flaubert lo llama cariñosamente y en broma «mi discípulo» y le repite la frase de Buffon: «El talento no es más que una larga paciencia». Con el tiempo, Maupassant paga la inmensa deuda que tiene con Flaubert, como se paga siempre cuando el alumno es a su vez un maestro.

En esos años, entre 1870 y 1880, Maupassant se relaciona con el mundo literario de su época (Zola, Daudet, Jean Lorrain, Edmond de Goncourt) y publica sus primeros relatos, a veces con su nombre, a veces bajo el seudónimo de Maufrigneuse o Guy de Valmont. No forma familia, aunque de hecho la tiene, tres hijos con una humilde empleada, cuya educación y subsistencia atiende, pero que jamás reconoce social ni legalmente.

En junio de 1880, Maupassant, que ya había alcanzado notoriedad con la publicación de «Bola de Sebo», renuncia al Ministerio y se traslada a su finca de Etretat, donde pasa largas temporadas. «La vida, tan corta, tan larga, se vuelve a veces insoportable», entonces viaja: al África, a Inglaterra, a las costas de Italia. Pero en esas temporadas junto al mar, en Etretat, intenta ordenar y pacificar esa vida insoportable. Se levanta temprano, almuerza frugalmente, pasea por los

bosques, juega a las bochas y al críquet. Y escribe, sin desayunar siquiera para no entorpecer su lucidez, y termina sus dos últimas novelas: «Fort comme la mort» (1889) y «Notre coeur» (1890). Escribe mientras afronta sus enfermedades imaginarias que corren parejas con sus enfermedades reales, como las terribles jaquecas, y se habitúa al uso del éter, del opio y del haschich. Su hipocondría aumenta y las señales de un desequilibrio que jamás afectó su memoria ni su obra, se repiten como s.o.s. de su propia, amenazada cordura.

En diciembre de 1891, como una premonición, redacta su testamento. Entre destellos de lucidez, donde analiza su estado, fabula penosamente, lo rodean miedos, alucinaciones. Se precipita en la locura. Lo sexual persiste bajo formas solitarias, ingenuas o amenazadoras. El 1º de enero de 1892 intenta suicidarse y el 7 es internado en un sanatorio de Passy, donde muere el 6 de julio del año siguiente. En su entierro, los escritores y compañeros de Maupassant, para distraerse del tedio angustioso, intercambian chistes y anécdotas fúnebres de subida obscenidad, según cuentan los Goncourt en su *Diario*. Como dice Albert-Marie Schmidt en su excelente «Maupassant par lui-même», «a Maupassant, gran amante del humor negro, no le hubiera fastidiado y hasta lo hubiera agradecido, quizá, como una ofrenda conforme a su genio».

EL HORLA, UN RÍO QUE SOLO CORRE DE NOCHE...

Maupassant, a quienes muchos juzgan el continuador de Flaubert, sabía que hay tantas realidades como seres existen sobre la tierra. Y en el prólogo de «Pierre et Jean», afirmaba que «los grandes artistas son aquellos que imponen a la humanidad su ilusión particular». De este modo hay que entender a este maestro del realismo y del naturalismo, que desdeñaba eso que se llama la objetividad.

«El realista, si es un artista, tratará de no mostrarnos la fotografía trivial de la vida: buscará darnos de ella la visión más completa, más intensa, más patente que la realidad misma». Flaubert le había enseñado el uso de la palabra justa porque, como le aconsejaba, se debía decir en una sola palabra «en qué un caballo de fiacre no se parece a los otros cincuenta que lo preceden y lo siguen», es decir, que intentara desentrañar por la palabra, que implica siempre una elección personal, una de las esencias de la realidad: la particularidad.

De esta mezcla de realidad objetiva y profundamente subjetiva de la que están hechos los grandes artistas, Maupassant extrae las características de su estilo. La subjetividad de Maupassant no es rienda suelta para expresar sus sentimientos y sus ideas personales, es sólo la reserva útil de su experiencia. No «usa» sus personajes: éstos son libres, aunque esclavos de las costumbres y prejuicios de su tiempo. Pero como todo gran creador que cuenta una historia para contar otra, trasciende la anécdota, trasciende sus temas sobre la ambición de las «pequeñas gentes», la culpa, el adulterio, el honor de los hombres y las mujeres,

la guerra, para ofrecernos una visión vigente sobre la naturaleza humana, para mostrarnos aún hoy cómo somos. Y entonces, la anécdota pasa a segundo lugar y lo que habla es la pequeñez o la grandeza del hombre, sus resentimientos, su capacidad de devoción o de miseria, sus pasiones, a veces cómicas, a veces devastadoras y sangrientas, sus miedos a lo que él llama «lo horrible» y que es también el miedo a la locura y a la muerte.

En ese período que va de «Bola de Sebo» a «El Horla», de «Mademoiselle Fifi» a los «Cuentos del día y de la noche», con un lenguaje extremadamente preciso, de frases netas y sobrias, Maupassant ajusta su escritura con una tensión sabia que jamás decae. Cuentista por encima de todo, porque ningún género como el cuento, y también la «nouvelle», han revelado las excelencias de su estilo, el dominio del «tempo» del relato.

De «El Horla», Maupassant había escrito una primera versión, que se incluye como apéndice en esta edición. Versión no exenta de logros, pero que se resiente por una estructura más convencional: el director de una casa de salud convoca a siete científicos para someterles el caso de un enfermo, que les narrará su historia. Con cierta torpeza, Maupassant retiene el relato por situaciones que rozan lo descriptivo, por la distancia que toma el personaje central con sus propias experiencias, por una necesidad de explicación. Más tarde, como hizo con muchos de sus cuentos, Maupassant retomó el tema y encontró la forma justa.

En «El Horla» están todas sus obsesiones, salvo la sexual. Pero hay que conocer la vida de Maupassant para saberlo. Mientras fue capaz de escribir, las dominó, no pesan sobre su obra. «El Horla», ese diario escueto de alguien que se siente rodeado por una presencia puramente fantástica que termina por ser más concreta y poderosa que lo real, es un trabajo sin fisuras. Aun la forma elegida, de Diario, no es sólo una manera más acertada de acercarse al tema o un artificio producto del oficio, esas fechas que enca-

bezan las distintas partes del relato dejan de ser simple cronología, esos lapsos que se omiten entre situación y situación son tan significativos en la vida del protagonista como los días narrados, como si hubiera una doble escritura «textual» y las dos, la tácita y la expresa, alcanzan la misma sugerencia, poseen la misma fuerza. Hermosísima, por esa mezcla de ambigüedad y detalle, es la presencia de ese personaje que no se sabe cómo es, salvo que se alimenta de leche y agua, que recoge una flor, que lee, que estrangula... Ese ser sin nombre, cuyo origen se ignora, y que cuando él mismo se nombra es por un sonido (El Horla) que no puede asociarse con otro, familiar o conocido, nombra lo misterioso y lo inexpresable, y al determinarlo concreta una amenaza sin salvación. Ese nombre inédito pertenece a un «ser nuevo» que dominará al hombre, «lo convertirá en su cosa, su servidor y su alimento, por el solo poder de su voluntad».

Relato de estructura lineal, pero de complejidad riquísima dentro de esa estructura, pleno de situaciones sobrecedoras que no desmembran el relato sino que acentúan su horror, como la actitud del protagonista de incendiar la casa con el propósito de destruir El Horla y olvidarse de los criados que duermen. «¡Me había olvidado de los criados! ¡Vi sus rostros enloquecidos y sus brazos que se agitaban...!».

Pero este fragmento, sabiamente preparado por la esperanza de la salvación, por una escritura tranquilizada que se va agitando hasta terminar en ese grito de angustia, tiene tal intensidad que deja una huella imborrable.

Si «El Horla» alcanza esta dimensión de obra maestra es por esa mezcla de objetividad y subjetividad controlada, repito, porque Maupassant no olvida nunca que es, no sólo el que cuenta, sino el que observa, el que «se» observa, y porque es un gran artista, no confiesa: envuelve al lector en una obsesión objetiva que todos pueden compartir: el relato.

«El Horla» es como un río que sólo corre de noche, porque el hombre siempre ha identificado a la muerte y a sus miedos con la noche, es la noche la que trae, con sus sombras y el sueño, su densa zozobra, su imprecisa, pero palpable amenaza. También trae su intolerable inquietud de otra belleza, de otros mundos, de otra percepción más afinada que la nuestra. No hay salvación para el gran miedo de Maupassant a la locura y a la muerte, pero el relato en su acontecer lo desmiente, pide al lector que enfrente sus fantasmas y si el protagonista de «El Horla» considera el suicidio como su única salida, la escritura propone otra salvación, porque toda escritura supone la lectura «de otro», y quizá compartir, a través del arte, la más oscura de las pesadillas, sea una manera de exorcizarla. El hombre pierde siempre porque está destinado a morir, pero no obstante, a través del arte, gana y perdura.

GRISELDA GAMBARO

.....

8 de mayo

¡Qué hermoso día! He pasado toda la mañana tendido sobre la hierba, delante de mi casa, bajo el enorme plátano que la cubre, la resguarda y le da sombra. Adoro esta región, y me gusta vivir aquí porque he echado raíces aquí, esas raíces profundas y delicadas que unen al hombre con la tierra donde nacieron y murieron sus abuelos, esas raíces que lo unen a lo que se piensa y a lo que se come, a las costumbres como a los alimentos, a los modismos regionales, a la forma de hablar de sus habitantes, a los perfumes de la tierra, de las aldeas y del aire mismo.

Adoro la casa donde he crecido. Desde mis ventanas veo el Sena que corre detrás del camino, a lo largo de mi jardín, casi dentro de mi casa, el grande y ancho Sena, cubierto de barcos, en el tramo entre Ruán y El Havre.

A lo lejos y a la izquierda, está Ruán, la vasta ciudad de techos azules, con sus numerosas y agudas torres góticas, delicadas o macizas, dominadas por la flecha de hierro de su catedral, y pobladas de campanas que tañen en el aire azul de las mañanas hermosas enviándome su suave y lejano murmullo de hierro, su canto de bronce que me llega con mayor o menor intensidad según que la brisa aumente o disminuya.

¡Qué hermosa mañana!

A eso de las once pasó frente a mi ventana un largo convoy de navíos arrastrados por un remolcador grande co-

mo una mosca, que jadeaba de fatiga lanzando por su chimenea un humo espeso.

Después, pasaron dos goletas inglesas, cuyas rojas banderas flameaban sobre el fondo del cielo, y un soberbio bergantín brasileño, blanco y admirablemente limpio y reluciente. Saludé su paso sin saber por qué, pues sentí placer al contemplarlo.

11 de mayo

Tengo algo de fiebre desde hace algunos días. Me siento dolorido o más bien triste.

¿De dónde vienen esas misteriosas influencias que transforman nuestro bienestar en desaliento y nuestra confianza en angustia? Diríase que el aire, el aire invisible, está poblado de lo desconocido, de poderes cuya misteriosa proximidad experimentamos. ¿Por qué al despertarme siento una gran alegría y ganas de cantar, y luego, sorpresivamente, después de dar un corto paseo por la costa, regreso desolado como si me esperase una desgracia en mi casa? ¿Tal vez una ráfaga fría al rozarme la piel me ha alterado los nervios y ensombrecido el alma? ¿Acaso la forma de las nubes o el color tan variable del día o de las cosas me ha perturbado el pensamiento al pasar por mis ojos? ¿Quién puede saberlo? Todo lo que nos rodea, lo que vemos sin mirar, lo que rozamos inconscientemente, lo que tocamos sin palpar y lo que encontramos sin reparar en ello, tiene efectos rápidos, sorprendentes e inexplicables sobre nosotros, sobre nuestros órganos y, por consiguiente, sobre nuestros pensamientos y nuestro corazón.

¡Cuán profundo es el misterio de lo Invisible! No podemos explorarlo con nuestros mediocres sentidos, con nuestros ojos que no pueden percibir lo muy grande ni lo muy pequeño, lo muy próximo ni lo muy lejano, los habitantes de una estrella ni los de una gota de agua... con nuestros oídos que nos engañan, transformando las vibraciones del aire en ondas sonoras, como si fueran hadas que convierten

milagrosamente en sonido ese movimiento, y que mediante esa metamorfosis hacen surgir la música que transforma en canto la muda agitación de la naturaleza... con nuestro olfato, más débil que el del perro... con nuestro sentido del gusto, que apenas puede distinguir la edad de un vino.

¡Cuántas cosas descubriríamos a nuestro alrededor si tuviéramos otros órganos que realizaran para nosotros otros milagros!

16 de mayo

Decididamente, estoy enfermo. ¡Y pensar que estaba tan bien el mes pasado! Tengo fiebre, una fiebre atroz, o, mejor dicho, una nerviosidad febril que afecta por igual el alma y el cuerpo. Tengo continuamente la angustiosa sensación de un peligro que me amenaza, la aprensión de una desgracia inminente o de la muerte que se aproxima, el presentimiento suscitado por el comienzo de un mal aún desconocido que germina en la carne y en la sangre.

18 de mayo

Acabo de consultar al médico pues ya no podía dormir. Me ha encontrado el pulso acelerado, los ojos inflamados y los nervios alterados, pero ningún síntoma alarmante. Debo darme duchas y tomar bromuro de potasio.